vistieron para el almuerzo, y Begourde puso particular cuidado en su tocado.

Un pantalon y un chaleco de irreprochable blancura, una americana de terciopelo negro, corbata de *foulard* color grosella, atada á la garganta con descuido, cuello bajo á la Colin y botas de charol constituia su traje, que le favorecia mucho.

Sintió no poder imponer á su rostro, demasiado cncarnado, una palidez interesante. Estaba resuelto á modificar sus modales por completo en presencia de Lazarine; á suprimir las manifestaciones de picante alegría, á dominar su pasion, á fingir cierta melancolía como se díce en el lenguaje de taller.

No pudo, sin embargo, apreciar el efecto de su nueva manera de ser, porque la marquesa, cansada de una noche de insomnio, ó deseosa quizá de ganar tiempo para formar un plan de conducta, no asistió al almuerzo, y su ausencia sumió á Begourde en toda clase de inquietudes y de desagradables suposiciones.

Inquietudes y suposiciones plausibles, pero sin justificacion. Trascurrió el dia sin que nada anormal ocurriese, y la señora de la Tour du Roy se presentó á la hora de la comida, hermosa, sonriente, esplendorosa y vestida de blanco. Estrechó afectuosamente la mano á

BIBLIOTECA CENTRAL

Laurent Videl y dispensó á Begourde un saludo indiferente y casi protector.

—¿Disimula?—pensó el jóven.—Este exagerado desden no me parece sincero; yo sabré á que atenerme; en todo caso, Lazarine no piensa en que me expulsen. Todavía ocupa un lugar en su corazon, y esto ya es algo mas de lo que yo creia.

Héctor cumplió rigurosamente el programa que se habia propuesto. Su actitud fué conveniente durante la comida. Mostróse silencioso, soñador, casi sombrío.

La marquesa, asombrada en un principio de inesperada metamórfosis, tuvo al fin compasion.

—He estado demasiado dura con el pobre muchacho—pensó.—Es preciso que sufra mucho para estar tan triste. Su alegría de ayer era una alegría fingida. Hoy le falta valor para continuar la comedia.

Y en dos ó tres ocasiones dirigió con amabilidad la palabra á Begourde, quien le contestó lacónicamente y con voz temblorosa por la emocion.

Despues de comer, como el dia anterior, se tomó el café en la terraza; como el dia antes, Lazarine se retiró en el momento en que el marqués y sus huéspedes encendieron sus cigarros; pero en vez de entrar en sus habitaciones, se dirigió al parque.

La luna no habia aparecido aún; pero ninguna nube empañaba la intensidad del puro cielo, y la pálida claridad de las estrellas iluminaban las tinieblas.

Héctor, de pié, apoyado en la caja de un naranjo gigantesco, miraba maquinalmente los objetos que tenia delante, buscando adivinar la naturaleza de los objetos entrevistos á larga distancia en la oscuridad.

De repente se estremeció.

Una forma blanca, ligera como un vapor ó un espectro, se habia dibujado por un segundo en el fondo negro de una plazoleta al otro lado del inmenso terreno tapizado de césped que separaba el parque del castillo.

Instintivamente el jóven adivinó que la sombra blanca y vaporosa, que ya habia desaparecido, era el vestido de la marquesa.

Este paseo nocturno y solitario le procuraba la probabilidad de un encuentro de algunos minutos, que tal vez no se repetiria; era necesario coger la ocasion por los cabellos.

En consecuencia, se deslizó por detrás de los naranjos, y anduvo de puntillas para que su fuga no llamara la atencion del marqués y Laurent Videl, empeñados en una conversacion interesante, hasta que llegó á la doble escalera, por la cual pudo bajar hasta el parque.

Mujer ó fantasma, la sombra blanca habia

BIBLIOTECA CENTRAL

desaparecido; pero Héctor conocia el sitio de la aparicion y de la direccion que la sombra habia tomado.

Con objeto de no dejarla ganar mas tiempo, cruzó en diagonal el terreno, en vez de seguir la senda de circumvalacion, y al cabo de algunos minutos, llegó á las plantaciones que daban acceso á un camino cubierto de follaje, á semejanza de un túnel abierto en la montaña.

Algo menos oscuro manchaba el fondo negro de esta senda.

—¡Alli está! ¡estoy seguro!—pensó Begourde.

Y como no queria reunirse á Lazarine, sino salir á su encuentro, se internó por el camino de tilos y anduvo sobre el césped con los brazos extendidos para evitar los tropiezos contra los árboles, porque la oscuridad era completa, y la noche negra y sin resplandores.

Cuando creyó que era muy corta la distancia que le separaba de la sombra pálida, acortó el paso y avanzó con precaucion para no dar tiempo á que Lazarine sospechara su presencia, si la persona á quien perseguia era Lazarina.

De minuto á minuto se detenia y escuchaba.

Entonces oyó mas distintivamente el ruido que producia el ruido de la cola, al rozar del largo vestido sobre la arena del parque. Al mismo tiempo su mirada escudriñaba el follaje, y á pesar de lo profundo de las tinieblas, la man-

cha blanca que la interrumpia tomaba vagamente la forma de mujer.

Poco despues llegó Héctor á su lado, y luego se adelantó.

Y abandonando la espesura anduvo algunos pasos, y luego se volvió hácia atras.

XXIV

El artista y la sombra nocturna, andando uno frente á otro, necesariamente debian encontrarse al cabo de algunos segundos.

Héctor fué el primero que se detuvo.

En este momento, Lazarine (porque era ella) pareció apercibirse de que un importuno interrumpia su soledad.

Detúvose á su vez lanzando un grito de espanto, y preguntó con alterada voz:

—¿Quién vá?

Hay que notar que si la bata blanca era visible en las tinieblas, el pantalon blanco de Begourde no lo era menos, y por lo tanto, la marquesa sabia á que atenerse.

—No temais, señora—dijo el jóven.—Es un amigo.

—¡Vos, caballero Héctor!—dijo Lazarine fingiendo admirable sorpresa.

BIBLIOTECA CENTRAL

—¿Ahora me reconoceis?—murmuró el pintor con amargura.

—Soy menos olvidadiza de lo que imaginais. Ayer os reconocí al primer golpe de vista.

—¿Y habeis tenido valor para ser cruel conmigo?

—¿Qué podia hacer en situacion tan difícil? ¿Tenia siquiera tiempo para reflexionar? Hice lo que hubiera hecho cualquier mujer en mi lugar, y dí prueba de audaz fingiendo no conoceros.

—¿Pero habia necesidad de fingir tanto desden?

—¿Qué quereis? cuando uno se impone un papel, se llega sin querer á la exageracion.

—¿Luego no me desdeñais?

—¿Necesito afirmarlo? ¿Por qué habia de desdeñaros?

—¿No habeis borrado de vuestra memoria los queridos recuerdos que son la alegría de mi vida?

—Los conservo todos. Hoy, como en la epoca á que os referís, sois para mí un amigo.

—¿Amigo nada mas?—balbuceó el artista con acento apasionado.—¿Nada mas que un amigo?

—No podeis ser otra cosa, lo sabeis. No me pertenezco; estoy casada.

—¿Y qué importa?